



Café de Navidad

(27 de diciembre de 1959)

PLAZA CULTURAL DE
DIARIO DE COLIMA



Ágora

VIÑETAS DE LA PROVINCIA ► 4

2573

DOMINGO 22 DE DICIEMBRE DE 2019



ESCRIBEN: César Anguiano, Leopoldo Barragán, Yunuén Cuevas, León Mendoza
José María Lomelí, Julio César Zamora y Carlos Caco Ceballos.

Navidad

César Anguiano



El primer recuerdo que tengo de Navidad es extraño. Si no hubiera creído en el Niño Dios, no habría pasado nada. El problema es que yo creía en Él. Aunque no debía tener por ese entonces más que cuatro o cinco años, ya sabía, entre otras cosas, que no puede moverse la hoja de un árbol si Él no lo permite, que no hace falta decirle lo que pensamos o necesitamos, porque con su poder y su bondad infinitas, lo adivina y nos lo entrega sin el mayor esfuerzo, por más que fuéramos millones y millones en el mundo, Él lo podía todo. ¿Para eso era Dios, o no?

Si aquel 25 de diciembre de hace más de cuarenta años yo hubiera sido el último de mis hermanos en despertar, si los hubiera encontrado a cada uno con su respectivo juguete y ya jugando con él en el patio o los pasillos de la casa, no habría habido mayor problema. Me habría dado, seguramente, un gusto enorme encontrar mi camioneta de plástico azul y amarillo junto a mi almohada. La habría sacado de su envoltura de celofán y me habría unido a jugar con mis hermanos.

El problema fue que me desperté a eso de las cinco de la mañana, cuando mis hermanos dormían aún un profundo sueño y vi que Dios, por una vez, no había sido parejo, ni había sabido leer en lo más profundo de mi corazón para regalarme lo que más deseaba. Y es que al prender la luz, me di cuenta de que a mi hermano Carlos le había traído justo el rifle de balines que venía pidiendo desde semanas atrás, a mi hermano René un hermoso triciclo rojo, y a mí —así me lo pareció en aquel entonces— una deleznable camioneta azul de plástico. Había un error, evidentemente, en todo aquello.

¿Si Dios sabía leer en los corazones, por qué no me había traído a mí el triciclo y a mi hermano menor la camioneta de plástico? ¿O por qué no le trajo también un triciclo a mi hermano Carlos, en lugar de un rifle con el que se pondría a disparar a todos los pájaros que se pusieran a su alcance? Los caminos de Dios son inescrutables, yo no lo sabía por aquel entonces, pero comencé a sospecharlo. ¿Y si el que reparte los juguetes, en sus carreras por repartirlos, se había equivocado, si en lugar de dejar de mi lado el triciclo lo hubiera dejado del lado de mi hermano René? Con tantos hogares por visitar alrededor del mundo en una noche, el error era más que posible. Además, si me había despertado en la madrugada y mis hermanos no, ¿no era para que yo corrigiera un error que no perjudicaba a nadie sino a mí? ¿Quién iba a darse cuenta si cambiaba el triciclo de mi lado y ponía del lado de René la camionetita azul?

Más tardé en pensarlo que en hacerlo.

Y dado que nada se movía sin la voluntad de Dios, creí estarle enmendando un error evidente. Me dormí muy tranquilo luego de haber hecho el cambio.

No fue sino hasta en el amanecer que comenzaron a entrarme las dudas. ¿Y si mi hermano René había deseado el triciclo con todas, pero con todas las fuerzas de su corazón, digamos unas diez veces más intensamente que yo? Seguramente se pondría a llorar tan pronto viera su mezquina camionetita de plástico y observara mi radiante triciclo. ¿Qué tenía que hacer para evitar esto? ¿Me convenía levantarme primero que todos, o el último? ¿Me convenía madrugar al jardín del pueblo con el triciclo y no regresar a la casa y al recalentado sino a las diez de la mañana? Ya para ese entonces René debía estar jugando con su camionetita y el cambio de algún modo, se habría consumado.

Ignoro qué fue lo que hice. Si me levanté primero que todos para ir al jardín del pueblo o me obligué a ser el último en dejar la cama. Lo cierto que en determinado momento del día, mi madre me dijo que el triciclo no era para mí, sino para René. “Ah, sí. ¿Y tú cómo sabes?”, recuerdo que le pregunté. Cosa que la hizo reír, y dado que mi hermano René jugaba por ahí cerca con su camioneta azul y amarillo, las cosas quedaron de ese modo. A mi madre le daban risa mis argumentos. Aunque tramposo, en ningún momento pensé que Dios no existiera.

De niño siempre me dio miedo la oscuridad, excepto durante la Nochebuena y Navidad. Creía, no sé por qué, que cualquier ánima o demonio que tuviera como propósito asustar a los seres humanos, quedaba inmovilizado, completamente desprovisto de poder durante estas fechas. Casi nunca me atrevía a salir de noche, a no ser en los días previos a las fiestas decembrinas. Jamás miraba hacia el cielo, a no ser hacia los cielos

estrellados del último mes del año. Entonces sí, podía distinguir allá arriba casi una docena de constelaciones de nombre completamente diferente a las conocidas en los libros. ¿Cuál es el nombre en realidad de las estrellas, o acaso galaxias, que en la región conocemos como Los ojitos de Santa Lucía? ¿Cuál es el nombre de ese conjunto de estrellas que nosotros nombramos como alacrán, y cuál es, verdaderamente, el que los griegos y los antiguos nombraban como escorpión? Contrastar mi conocimiento infantil del cielo nocturno con el de los antiguos griegos es una de las tantas labores que vengo posponiendo desde siempre.

Recuerdo otra ocasión en que Santo Clos —el Niño Dios se había convertido en Santo Clos— sencillamente no llegó. En todas las casas con niños del pueblo había juguetes, pero no en la nuestra. Seguramente mis padres no tenían mucho dinero ese año, pero seguramente también, estaban enojados el uno con el otro. Mi madre coaccionaba en ocasiones a mi padre. Y él, a veces, se resistía, se negaba a hacer todo lo que ella deseaba. Seguramente mi madre quería ir a comprar los juguetes a Guadalajara y él se negó, o él se negó sencillamente a conseguir más dinero para las fiestas y el resultado fue nada. Nada de cena el día 24, ni de dulces, ni de juguetes el día 25. Sólo un padre que se negaba a salir de su habitación aunque pasaban ya de las nueve de la mañana. Por vergüenza, supongo.

A los doce o trece años supe que, en ocasiones, dos bandos o naciones en guerra celebraban un alto al fuego por Navidad, que los enemigos cesaban al menos por un par de días de matarse y arrojar bombas unos a otros para celebrar la fiesta del nacimiento de Cristo. Saber tal cosa, me hizo feliz al menos por unos meses, o años quizá. Al menos había una cosa en el mundo que los hombres respetaban todavía.

Por desgracia, más tarde, leyendo la Historia del Holocausto judío, me enteré que a Dios, en ocasiones, le importábamos muy poco; que no había sufrimiento, por enorme que fuera, ni cantidad de muertos, fusilados, o gaseados que le obligara a mover un dedo si no quería. Llegué a la conclusión de hecho, que un Dios que no se despeina un pelo por nosotros, completamente indiferente y un Dios que no existe, eran prácticamente lo mismo. Hasta creí entender por qué las iglesias holandesas se quedan solas y deben convertirse en librerías o cafés. Lo que no deja de llamar la atención es que sea precisamente en los países escandinavos, en aquellos donde se ha perdido más la fe debido a las luces que proporciona la educación y la lectura de buenos libros, donde la gente celebra con más alegría y entusiasmo la Navidad. Nosotros tenemos las posadas y los nacimientos, ellos tienen sus árboles de navidad y sus ventanas llenas de velas y luces, nosotros nuestra cena de Nochebuena el día 24, ellos su cena o su comida el día 25. Ellos han perdido, a veces, del todo, su

fe, nosotros comenzamos a perderla, pero lo que queda de pie, tanto en aquellos países de inviernos prolongados como en estos de veranos interminables, es nuestra voluntad de continuar creyendo en la bondad. En este mundo xenófobo, nuestras posadas continúan moviéndonos hacia la hospitalidad con los desconocidos, del mismo modo que las luces y las velas en las ventanas de los países del norte.

Hace ya varias décadas que en Guadalajara existe una iglesia convertida en biblioteca, es posible que en los próximos años el fenómeno continúe replicándose en todo el mundo. Quizá un día celebremos la Navidad sin acordarnos del catolicismo ni de ninguna otra religión; quizá llegará el día en que celebremos, sencillamente, el retorno de los días más largos que la noche; la voluntad, el deseo de mantener abiertas para los otros —los diferentes, los extraños— las puertas de nuestra casa. Quizá llegue un día en que nos regocije recordar que un día fuimos capaces de parar la guerra, al menos por un par de días en estas fechas, y nos volvamos capaces de pararla, también, el resto del año. Quizá llegue un día en que venzamos del todo nuestros miedos y salgamos todas las noches del año a mirar las estrellas, porque los demonios habrán perdido su poder, y nuestra voluntad de ser buenos, crecerá hasta convertirse en el verdadero hogar, en las verdaderas velas y luces que adornan nuestras ventanas, llamando en la distancia a los extraños, en medio de la noche, a los que la desgracia dejó sin país o sin casa, a aquellos que antaño nos dieron tanto miedo, pero en los que, como en un espejo, hemos aprendido a mirarnos a nosotros mismos.



Rugidos literarios

Más allá de las páginas

José María Lomelí Pérez

Pese a la antipatía de muchos hacia el bonachón personaje, Santa Claus es a nuestros días uno de los símbolos más representativos de la Navidad. Enfundado en su llamativo traje rojo con ribetes blancos, la mayoría de sus detractores parecen tener muy claro su origen como una figura completamente comercial, la mascota publicitaria de una marca de refrescos utilizada poco después por las grandes cadenas para fomentar el consumo. No obstante, sin dejar de reconocerles buena parte de razón en el empleo de su figura, el origen del hombre de largas barbas blancas es mucho más rico de lo que se piensa.

Y es que para poder entender al Santa Claus que hoy conocemos es necesario hacer un breve repaso de las celebraciones navideñas, puesto que su historia está estrechamente vinculada a las mismas.

Remontándonos a los inicios del cristianismo encontramos que estas festividades distaban de ser tranquilas y ordenadas, ya no digamos centradas en el eje de las mismas: el nacimiento del niño Jesús. Si bien esto era conmemorado solemnemente en las iglesias, afuera el pueblo tendía a retomar el espíritu desenfadado de las antiguas tradiciones paganas sobre las cuales erigieron las nuevas costumbres religiosas.

Oficializado en el siglo IV como religión oficial del Imperio Romano, por decreto del emperador Teodosio, y con el fin de facilitar la asimilación del nuevo credo a los practicantes, el cristianismo circunscribió sus conmemoraciones dentro de fechas representativas de viejos cultos.

Concretamente la Navidad fue edificada sobre tres importantes fiestas romanas: las *saturnales*, celebradas en honor al dios de la agricultura, Saturno, entre el 17 y el 23 de diciembre, los festejos de fin de año y, entre una y otra, el culto al *Sol Invictus*, el 25 de diciembre, día seleccionado para conmemorar el nacimiento de Jesús: Luz del Mundo. Caracterizada la primera por reuniones populares en que se intercambiaban regalos y se compartía comida y bebida con esclavos, la segunda era similar exceptuando los obsequios, ambas compartían un sentido altamente bullicioso.

Tales excesos pervivieron en los festejos seculares navideños, llegando incluso a incrementar, hasta inicios del

siglo XIX, época en la cual experimentarían un paulatino cambio que los acercaría cada vez más a los que hoy conocemos, punto en que Santa Claus jugará un papel importante en los Estados Unidos, país donde las celebraciones navideñas habrían llegado a ser jornadas verdaderamente problemáticas.

La moderna concepción del personaje proviene de 1822, año en que un neoyorkino de gran bagaje cultural, profesor de literatura oriental y griega, llamado Clement Clarke Moore, escribió un poema navideño teniendo su figura como tema central. Titulado *Una visita de San Nicolás*, este es mejor conocido por su primera línea como La noche antes de Navidad. En él, Moore fusiona a San Nicolás de Bari (santo del siglo IV, conocido por su generosidad con los desprotegidos en Mira, antigua ciudad de la cual fuera obispo, ubicada en Turquía), con su versión holandesa, una más pagana, conocida como Sinterklass (quien, vestido como sacerdote, reparte regalos montando un caballo blanco).

Eliminando de su visión la presencia de siniestros personajes que le acompañan

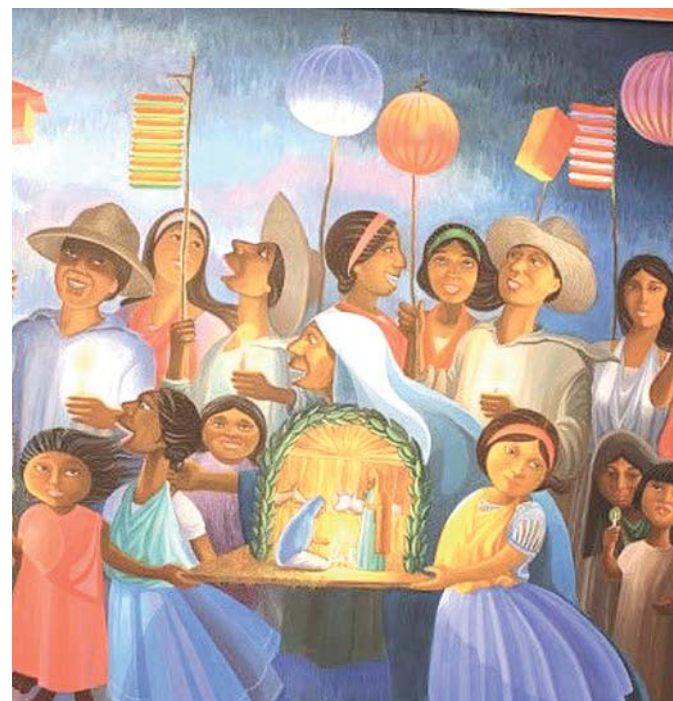
en otras tradiciones para atormentar a los niños que se han portado mal (como Pedro El Negro en Holanda o el Krampus en Los Alpes, entre otros), su interpretación privilegia aspectos más gentiles y amigables. Dotándole de rasgos élficos, un abrigador traje de pieles y un saco repleto de regalos, le proveyó además de un trineo mágico tirado por ocho renos voladores llamados: Brioso, Bailarín, Acróbata, Juguetón, Cometa, Cupido, Trueno y Relámpago.

Este relato, reflejo de la necesidad de las clases medias estadounidenses de promover una festividad tranquila y apegada a la familia, sentaría las bases del moderno Santa Claus, cuyas características se nutrirían en los años sucesivos gracias a artistas como el también neoyorkino Thomas Nast.

Caricaturista de profesión, Nast retomaría la creación de Moore para ilustrar la edición navideña de 1862 de la revista *Harper's Weekly*, modificando su tamaño y robustez, añadiendo el color rojo de su traje, botas negras, un gran cinturón con hebilla dorada, pipa y su característico gorro rematado en borla blanca. El taller en el Polo Norte, su larga lista de niños buenos y malos, los elfos, llegarían años después hasta convertirlo en un icono navideño.



Ilustración de Santa Claus, creada por Thomas Nast (1840-1902).



Retablo navideño

A dos días de celebrar la Nochebuena, presentamos en esta edición de Ágora un caleidoscopio navideño: la disyuntiva de dar o regalar, desde la percepción filosófica de Leopoldo Barragán, encaminada hacia un propósito mayor, la paz interior y exterior; el dilema de los intercambios (obsequios) en la familia, en un cuento humorístico de Yunúen Cuevas que retrata a sus integrantes de una forma realista y socarrona; los diferentes matices de la Navidad en la infancia, narrados por César Anguiano, con las inquietudes propias de un niño, y luego las interrogantes del adulto, en busca de un bienestar colectivo a través de la voluntad.

Asimismo, José María Lomelí nos introduce a la historia que originó la imagen actual del hombre barbado que lleva juguetes a los infantes y usa un traje rojo; un poema de León Mendoza que nos remite a ese símbolo navideño de los hogares: el árbol, con los sueños que representa; una reflexión anecdótica sobre los cantos y la música de esta temporada, a partir de la canción Happy Xmas de John Lennon, escrita por Julio César Zamora; las diferentes aristas en que se experimenta el doceavo mes en los distintos sectores sociales, relatadas hace años y todavía vigentes por Carlos Caco Ceballos, y desde luego, la magistral narración de Don Manuel Sánchez Silva, evocándonos la alegría de la convivencia entre amigos en una Nochebuena, donde el tiempo pasó inadvertido.

Mención especial merece nuestro artista colimense Alejandro Rangel Hidalgo, quien pintó Nacimientos mexicanos y series de Ángeles y Navidades en diferentes partes del mundo, obteniendo reconocimiento internacional y que la Unicef publicara su colección como tarjetas navideñas. Por ello mismo aprovechamos para ilustrar algunas colaboraciones de esta edición con las pinturas del maestro Rangel, entre ellas la bellísima obra Niño Dios nacido en Colima (1953). También hay imágenes del ilustrador norteamericano Dick Sargent, del francés Timoleon Marie Lobrichon, y por supuesto del caricaturista coquimatense, Robi.

Ágora desea a todos nuestros lectores y colaboradores una Feliz Navidad.



VIÑETAS DE LA PROVINCIA

Café de Navidad

Don Manuel Sánchez Silva

(27 de diciembre de 1959)



Cuando los efectos combinados del maremoto de 1932 – que prácticamente destruyó el pueblo de Cuyutlán –, las exigencias de salineros y ejidatarios y la intransigencia de los bancos acreedores hicieron la vida imposible a Agustín Santacruz, legítimo propietario por herencia de aquella vasta

zona agrícola, industrial y turística, el talentoso y simpático muchacho colimense resolvió levantar el vuelo y radicarse en la capital del país, en busca de mejores vientos de fortuna.

Por espacio de muchos meses, Agustín llevó en la Ciudad de México la existencia del perfecto bohemio: hospedábase en el modesto pero céntrico hotel Washington de la calle 5 de Mayo, donde únicamente dormía, se aseaba y cambiaba de ropa. Llegaba a su habitación en las primeras horas de la mañana, permanecía en la cama hasta muy tarde y el resto del día lo pasaba fuera, departiendo con sus innumerables amigos que se disputaban el privilegio de su presencia y de su charla divertida y ágil, siempre matizada con ocurrencias y paradojas. Gente interesante aquella, entre la que había de todo: pintores, músicos, periodistas, literatos, toreros, extras de cine y desocupados profesionales.

Su centro de operaciones estaba en la cuadra de la calle Bolívar, que la limitan las avenidas Madero y 16 de Septiembre. Y en ese su cuartel general, Agustín pasaba las horas entre el restaurant Principal, el café Chufas y los aparadores de la zapatería “El Prototipo de la Moda”. Y en la vorágine de la inmensa metrópoli, Agustín reinaba en ese reducido sector, con la autoridad de un jefe beduino en su aduar del desierto.

A mediados de diciembre de 1932, Agustín fue presentado e hizo amistad con Javier Sánchez, joven potosino de agradable presencia y temperamento amistoso, a quien protegía el licenciado Fernando Moctezuma, por aquel entonces diputado federal por el estado tunero y secretario general del todopoderoso partido político P.N.R.

Javier tenía debilidad por las mujeres hermosas y entre sus relaciones figuraba una muchacha de nombre Josefina Nájera, verdaderamente atractiva, que era hermana de *Cucho* del mismo apellido, famoso pugilista que llegó a conquistar el campeonato nacional de peso gallo.

Para celebrar la Navidad del año de que se trata, Josefina y Javier tenían proyectado cenar en la casa de una familia amiga y, antes de que cerraran las tiendas, determinaron ir al centro de la ciudad a proveerse de bebidas, galletas, frutas secas y otros artículos

propios de la ocasión, pero quiso su buena o mala suerte que al pasar frente al Principal, se les ocurriera penetrar en el establecimiento a tomar un café. Apenas habían transpuesto el umbral, cuando se escuchó un saludo a voz en cuello:

–¡Hola, Javier, cuánto gusto...! Era Agustín, que ocupaba el centro de un “pullman”, rodeado de un grupo en el que se encontraban Carlos Ruano Llopís, Roberto Monte-

negro, Luis Alcaraz, el “Chamaco” Domínguez, José González “Carnicerito”, Pilar Ballín –la más bonita segunda triple del teatro Lírico–. Margarita Carbajal –que años atrás había conquistado justa celebridad en la farándula– y otras personas más, pertenecientes al mundo artístico y taurino.

Javier y su amiga ocuparon un sitio distante y pidieron café, pero apenas empezaban a saborear la perfumada bebida, cuando Agustín y su grupo hicieron irrupción y tomaron por asalto el lugar.

En cualquier sitio o circunstancia Agustín monopolizaba la palabra, y justo es decir, con beneplácito de sus oyentes. En aquella ocasión estaba singularmente inspirado y las anécdotas divertidas, las ocurrencias imprevistas y el relato de cuentos de todos los colores, se sucedieron en ininterrumpida secuencia, invariablemente subrayados por la aprobación y buen humor de todos los contertulios.

Por supuesto que, a poco de haber intervenido Agustín en la situación, el inocente café de Josefina y Javier cedió el paso a las copas de manzanilla y a los ponches calientes, cuyo efecto contribuía a mantener y aumentar la euforia de los circunstantes, que fascinados por el encanto del gran charlista, no advertían el paso del tiempo.

Al filo de la una de la mañana alguien hizo notar la hora que era, con el consiguiente susto para Josefina y Javier:

–¡Es la una, Javier! –exclamó Josefina–, ¿qué vamos a hacer? ¡Ya pasó la cena de navidad...!

–¡Claro que ya pasó...! Mañana entregaremos los regalos. No podemos hacer otra cosa.

–Pero, ¡y las botellas de vino y las demás cosas!

–¡Eso no es problema! –terció Agustín–. El vino es para tomarse y las etiquetas no se imprimen con dedicatoria. Con abrir las botellas y bebernos nosotros el contenido, queda todo arreglado...

Y así se hizo, entre aplausos y vivas.

Amanecía cuando el grupo se deshizo, y al salir a la

calle para tomar un coche, comentó Josefina:

–Es único tu amigo. No he conocido ninguna persona tan atrayente.

Y en verdad, así era Agustín Santacruz.



A poco de haber intervenido Agustín en la situación, el inocente café de Josefina y Javier cedió el paso a las copas de manzanilla y a los ponches calientes, cuyo efecto contribuía a mantener y aumentar la euforia de los circunstantes, que fascinados por el encanto del gran charlista, no advertían el paso del tiempo.

El reto de la Navidad

Leopoldo Barragán Maldonado



Las Saturnales (en latín Saturnalia) eran unas importantes festividades romanas, con un banquete público, seguido por el intercambio de regalos. El poeta Catulo la llamó “el mejor de los días”. La celebración duraba del 17 al 23 de diciembre. Las casas se decoraban con plantas y se encendían velas para celebrar la nueva venida de la luz. Imagen: Romanos de la decadencia (1847), pintura de Thomas Couture, en el Museo de Orsay (Francia).



La Navidad está próxima y con ella se nos presenta un reto, desafío personal y social, porque implica –si es que así lo deseamos considerar– otra oportunidad más que la vida nos ofrece no sólo para reafirmar nuestro proceso de personalización, sino además permite expresar los valores morales que tradicionalmente hemos asimilado a través de la familia, la escuela, la religión, y desde luego, el entorno social en que vivimos. Cada uno de estos núcleos presenta diferente calado, no podemos dudar que cualquiera tiene peso axiológico y penetración cultural.

Si cambiamos el orden mencionado quizá los entornos sociales juegan un papel decisivo en nuestra percepción de la Navidad, dejando entrever su capacidad de enajenación consumista sobre la moral y economía familiar. La Navidad es un reto antropológico profundo y no superfluo, tiempo en que no son suficientes las reuniones hogareñas, las posadas, los abrazos y buenos deseos que se difuman con el paso de los días, mientras transcurren las festividades del maratón “Guadalupe-Reyes”; por el contrario, son días propicios para descarapelar el enjarre artificial de nuestra fachada exterior y resanarla con el vigor natural de la conciencia interior.

En este sentido, Erving Goffman en su obra *La presentación de la persona en la vida cotidiana*, afirma: “Será conveniente dar el nombre de ‘fachada’ al arte de la actuación del individuo que funciona regularmente de modo general y prefijado, a fin de definir la situación con respecto a aquellos que observan dicha situación. La fachada, entonces, es la dotación expresiva de tipo corriente empleada intencional o inconscientemente por el individuo durante su actuación”.

Es interesante lo que sostiene el interaccionista simbólico, ya que ciertamente en diciembre nos convertimos en actores tratando de realizar el mejor papel sobre el escenario social que nos ha sido “prefijado” por las tradiciones y las estrategias mercadotécnicas, conjugándose para erigir una atmósfera de aparente felicidad y crear un sentimiento de necesidades inexistentes que, por medio de los regalos, aparentan ser cubiertas.

Creo que lo ideal sería una Navidad sin obsequios, ¿acaso Jesús estableció celebrar anualmente su natalicio esperando recibir algún regalo? Si para los cristianos, Jesús es el Hijo de Dios, entonces no tiene necesidad de nada; si para los musulmanes, Jesús fue sólo un profeta, entonces tampoco tiene necesidad de nada. En este contexto, Mahoma, el último de los profetas, nunca ordenó celebrar su natalicio.

En cuanto fenómeno casi universalmente aceptado, la Navidad es un festejo estigmatizador, ya que al no ser compartida por todos tiende a la ‘desacreditación del otro’. Desacreditar es estigmatizar; ahora bien, el ‘estigma’ es una variable recurrente en las relaciones

sociales, para Goffman representa la tensión entre la identidad social real y la virtual, especie de oposición generada a través de los estereotipos; en su texto *Estigma, la identidad deteriorada*, distinguió tres tipos: físicos, psicológicos y tribales. Acorde a nuestra temática nos quedamos con los últimos en que destaca “la raza, la nación y la religión”, estigmas que hombres, profetas, pueblos y civilizaciones cargamos sobre nuestros hombros.

Con los regalos navideños lo que hacemos es mantener una tradición pagana que carece de relación alguna con el nacimiento de Jesús, trascendental acontecimiento que segmentó la cronología de la historia; sin embargo, este “tiempo eje”, como le llamó Karl Jaspers, tiene sus ambigüedades, ya que no existe certeza en la fecha de nacimiento de Jesús, inclusive se pone en duda que haya ocurrido en diciembre; por ejemplo, en el Corán (19:25), se le dice a María cuando ha parido a Jesús: “¡Sacude hacia ti el tronco de la palmera y ésta hará caer sobre ti dátiles frescos, maduros!”, esto quiere decir que Jesús nació en verano, cuando las palmeras dan su fruto.

Como quiera que sea, lo aceptado es que el 25 de diciembre se celebra la Natividad, festividad que data desde el siglo IV, aquel día también es considerado como la fecha de nacimiento del dios hindú Krishna, así como de Mithra, el dios griego de la luz. La finalidad de establecer la celebración navideña fue para contrarrestar los festivales paganos que se llevaban a cabo por la misma época. Así, los romanos celebraban la Saturnalia el 17 de diciembre, un festival de invierno caracterizado por intercambio de regalos. Los Padres de la Iglesia primitiva se resistieron a tal conmemoración, aproximadamente en el año 245, el filósofo Orígenes consideró pecaminoso celebrar el cumpleaños de Jesús “como si él fuera un faraón”.

Al margen de las controversias históricas y religiosas, el reto de la Navidad se hace presente como un acto de conciencia que reclama la paz interior y la paz exterior como los mejores obsequios. El reto se abre con la disyuntiva dar o regalar, dos verbos diferentes que se conjugan en roles sociales diversos y con las reglas gramaticales de la degradación moral contemporánea, por algo Hegel (1770-1831), refiriéndose a la Navidad, planteó la interrogante: “cómo poder ser felices en un mundo de infelicidad”.

El verbo dar, como un sinónimo de desprenderse, tiene mayor connotación espiritual que regalar. No es lo mismo dar amor que regalarlo. En esta Navidad es conveniente dejar el escenario y refugiarnos en la región posterior del yo empírico, este comején que no para de carcomer el equilibrio de la voluntad. Apagar la televisión es un acto de amor navideño y consideración personal al evitar que la Navidad se transforme en un peregrinar del banco al pesebre, y del pesebre al banco, donde tarjetas de crédito y débito son el salvoconducto para librar el cerco aduanal navideño. Es sano tener una Navidad con el interés de dar y no una Navidad con intereses por regalar.

Interchange

Yunuén Cuevas



Llegó una de las fechas más chidas del año, ¡Navidad! Llena de luces, cohetes y la unión familiar. *Si'ñor.*

La tía Chenchá es la organizadora de eventos. Siempre existe una en la familia que sólo escucha fiesta y ya está anotada en la lista sin saber cuál es el motivo que la originó. En fin, esa es mi tía Chenchá, la chaparrita con mandil que no sale de la cocina, repartiendo comisiones sin parar.

—Tú, mijito, traerás el ponche, ¡pero de frutas secas eh, Chuy!, no fermentadas como el año pasado que tu abuelo ya no se podía ni parar, ya ni la friegas —me dice con las manos cruzadas frente a todos, la muy descarada, ¿por qué no le explican bien a uno?, pues.

—Y tú, mijita, te toca el postre. Te traes un pastelito normal eh, mijita, nada de inventos de esos que salen en la *interné*, porque no es por nada mijita, pero no te salen —le dice a mi prima la Chuya. ¡Ah, qué risa! Ella que ya se había registrado en Chef Master Tolototlán de las Flores.

—Ps en la *Walmart* venden unos bien ricos eh, mi Chuya —que le grito. Sólo saqué que mi *amá* me diera un coscorrón.

Y pues la tía siguió, con lo que mejor le salía, mandar.

—Bien, familia, vamos a ver lo del intercambio —nos dijo.

—¡No, tía! Oiga, y si mejor este año no hacemos *interchange* —que le digo a la tía con la esperanza de que me hiciera caso.

—¿Inter qué?

—¡Intercambio, tía!

Siempre es lo mismo, ya sabemos qué nos van a regalar. Si nos toca la tía Alicia, seguro un desodorante de *Avón*, con eso de que es vendedora dorada, plateada, morada o quién sabe qué, puras de esas cosas regala. No vaya a ser que me toque el tío Ramón, que cree que por tener una carnicería puede regalar un paquete pozolero, o sea, yo qué voy a hacer con un kilo de carne para pozole si lo que quiero es un Xbox. Ah, pero la que se la rifa es la tía Mariquilla, que con eso de su moda *vegettana*, nos regala kilos de avena y semillas, dizque para que cosechemos nuestro alimento. No, así yo no quiero entrar.

—Nada que no quieres entrar, mijito —me grita la tía Chenchá desde la cocina—, es más, vente a sacar el papelito *pa'* que vea a quién le va a dar.

Si supiera que a la que le quiero dar es a la vecina, pero en fin, ese es mi cuento. *¡Chintolo!*, todo sea por convivir.

—Venga, tía, pues, le voy a entrar, pero esta vez que no digan quién le toca a quién, *pa'* que de verdad sea una sorpresa.

Apenas terminé de hablar cuando mi tío Ramón grita desde la cocina:

—¡Chuy! ¿Qué carne me dijiste que te gusta más, de cabeza o banderilla?

¡En la madre!, lo bueno es que ya casi es Navidad.



Siempre es lo mismo, ya sabemos qué nos van a regalar. Si nos toca la tía Alicia, seguro un desodorante de *Avón*, con eso de que es vendedora dorada, plateada, morada o quién sabe qué, puras de esas cosas regala. No vaya a ser que me toque el tío Ramón, que cree que por tener una carnicería puede regalar un paquete pozolero.

Sueños de Navidad

León Mendoza

Colocó los sueños
bajo el árbol que había
decorado con heno y cal
en el rincón de la casa

Dejó que los meses pasaran
con calma y los días fueran
llegando con sus horas
a donde sólo él sabía

A diario veía llegar el amanecer
con una sonrisa oculta
tras el brillo de sus ojos
como la estrella que esperaba

Hoy despertó con la sonrisa
en su cara ingenua
fue al rincón y buscó
bajo el árbol sus sueños
y después de todos esos días
ahí estaban intactos
esperando un amanecer más
para ser abierto como el regalo
de Navidad que esperó
toda una vida.



Así que esta es Navidad (¿y qué hemos hecho?)

Julio César Zamora



So this is Christmas (Así que esta es Navidad)
And what have you done (Y qué has hecho)
Another year over (Otro año más)
And a new one just begun (Y uno nuevo acaba de comenzar)

Dos susurros:
Feliz Navidad, Branix;
Feliz Navidad, Yuni

Una de las navidades que recuerdo muy especial fue en Los Altos de Jalisco, con una familia que apenas si me conocía. Fui su huésped durante dos días, mientras desocupaban una casa que yo habitaría a una cuadra de la de ellos. Tres meses después, ya siendo vecinos, me invitaron a celebrar la Nochebuena. No me agradaba mucho la idea, pero era mejor a pasarla solo. Mi sorpresa fue enorme, no sólo por el número de personas: abuelos, padres, hijos, nueras, yernos, nietos... y, el convidado, extraño al que hicieron sentir parte de la estirpe, participando en el intercambio de regalos, juegos y el fabuloso canto de los niños al pedir posada, disfrazados como María, José, pastores y un diablito; ya dentro del hogar, los infantes corearon villancicos.

La genialidad de la música reside en uno mismo. Ninguna otra manifestación artística rompe los límites estéticos sensoriales como ella. Va más allá de una asimilación fisiológica y emotiva. Si se les ha denominado bellas artes a ese conjunto de actividades que conocemos, la música es más que belleza, es un estado de exaltación superior a los valores de lo bello y lo conceptual. El músico es quien nos abre la puerta para traspasar ese umbral luminoso, pero depende de cada quien hacerlo o no. Él sólo abre la puerta.

And so this is Christmas (Y así es Navidad)
I hope you have fun (Espero que te diviertas)
The near and the dear one (El cercano y el querido)
The old and the young (Los viejos y los jóvenes)

Aquella Navidad, la segunda que pasaría solo y alejado de mi familia, tres meses antes juré que me haría una novia: la muchacha que todas las tardes pasaba puntualmente frente a mi ventana, por la acera de enfrente, justo cuando yo comenzaba a editar las notas nacionales. Después de haberla conocido un domingo en la serenata del jardín, comenzamos a salir los sábados siguientes y hasta que llegó el mes de diciembre nos hicimos novios. Al final, en la Nochebuena ni siquiera pude verla un rato, su padre le negó salir después de las 8 de la noche, y menos que me invitara a la cena.

Fue en esa ocasión que festejé conmigo mismo escuchando una y otra vez *Happy Xmas (war is over)*, de John Lennon, porque al atender el hermoso coro de la canción, me hizo sentir como si estuviera presente en una celebración colectiva, pero además me alentó, sembró en mí una esperanza, una esperanza fraternal.

Coro:
A very Merry Christmas (Una muy feliz Navidad)
And a happy new year (Y un feliz año Nuevo)
Let's hope it's a good one (Esperemos que sea bueno)
Without any fear (Sin ningún miedo)

Un sacerdote me dijo una vez, citando a San Agustín, "quien canta, ora dos veces". En aquel entonces, siendo salmista, lo que más disfrutaba de las misas eran los cantos, los acordes y arpeggios de las guitarras, en armonía con la flauta y panderos. Mas cuando los feligreses hacían los coros al compás de sus palmas, el momento se convertía en una especie de fiesta.

Desde niño, siempre llamaron mi atención las celebraciones religiosas de los afroamericanos que veía en algunas películas, por sus voces, coros y la alegría desbordada con que cantaban. Pero también, por sus iglesias pequeñas, más íntimas y menos lujosas. No eran personas comunes, para mí semejaban un conjunto de ángeles. Espero me alcance la vida para vivir una misa en Nueva York con el góspel de Harlem.

And so this is Christmas (Y así es Navidad) / Coro: *War is over* (La Guerra ha terminado)
For weak and for strong (Para débiles y para fuertes) / Coro: *If you want it* (Si tú quieres)
For rich and the poor ones (Para ricos y pobres) / Coro: *War is over* (La Guerra ha terminado)
The road is so long (El camino es muy largo) / Coro: *Now* (Ahora)

And so happy Christmas (Y muy feliz navidad) / *War is over* (La Guerra ha terminado)
For black and for white (Para el negro y para el blanco) / *If you want it* (Si tú quieres)
For yellow and red one (Para el amarillo y el rojo)
War is over (La Guerra ha terminado)
Let's stop all the fight (Paremos toda la pelea) / *Now* (Ahora)

HAPPY XMAS (War Is Over)



JOHN & YOKO
 With The Harlem Community Choir

En la temporada, más que las canciones navideñas, la mayoría triviales en la letra y melodía, prefiero los salmos o el góspel (cantos evangélicos). La única canción navideña que me conmueve y la puedo escuchar una y otra vez, en cualquier época del año, es *Happy Xmas (war is over)*, tal vez porque no es precisamente una composición para la Navidad, al menos no con los elementos y estructura del estándar navideño que la sociedad reconoce. Me gusta porque nos hace pensar en los demás, en la voluntad que necesitamos para alcanzar el bienestar general, no personal, sino un anhelo superior, la paz entre los seres humanos, ahora mismo.

Coro:
A very Merry Christmas (Una muy feliz Navidad)
And a happy new year (Y un feliz año Nuevo)
Let's hope it's a good one (Esperemos que sea bueno)
Without any fear (Sin ningún miedo)

Además de la letra, lo que hace maravillosa esta canción son las voces de los niños del Coro de la comunidad de Harlem (Nueva York), un gran acierto de Lennon por incluir a los afroamericanos, harto también de "white Christmas" (blanca Navidad). Los acordes y la melodía están basados en la popular canción británica *Skewball*, de la existe una versión norteamericana como *Stewball*.

Si bien el estribillo *War is over* (la guerra ha terminado) es parte de aquella campaña que iniciara John Lennon junto a Yoko Ono en 1969 para promover la paz y el fin de la guerra de Vietnam, tiene otros alcances universales, como las guerras que se emprenden en la familia, con los vecinos, en el trabajo, con los amigos, por envidias, creencias, egoísmos, políticas, pero si lo queremos (*if you want it*), acabarán cuando nosotros mismos así lo decidamos... *Now* (ahora).

And so this is Christmas
(war is over)
And what have we done
(If you want it)
Another year over
(War is over)
And a new one just begun
(Now)

John Lennon y Yoko Ono escribieron este tema en su habitación de hotel de la ciudad de Nueva York y lo grabaron en octubre de 1971. La canción inicia con dos susurros: "Feliz Navidad, Kyoko" (hija de Yoko con Anthony Cox) y "Feliz Navidad, Julian" (hijo de John con Cynthia Powell).

DE LEJOS Y A MI ALREDEDOR

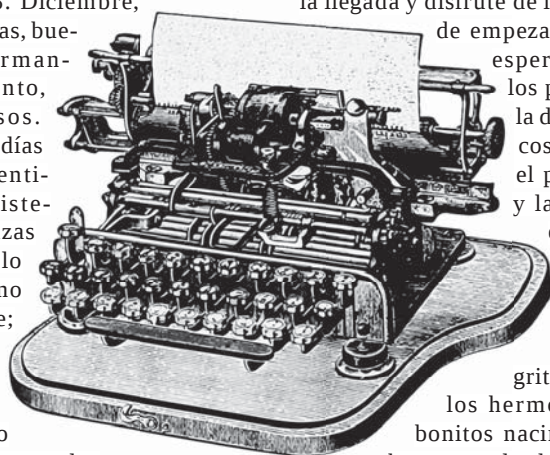
El doceavo mes

Carlos Caco Ceballos Silva

INVIerno 1998. Diciembre, mes de esperanzas, buenos deseos, hermandad, recogimiento, alegría, compromisos. En estos treinta y un días reunidos todos los sentimientos, amores, tristezas, alegrías, esperanzas e ilusiones; la fe en lo celestial y en lo humano parece que se fortalece; llega el viento fresco que a nosotros los viejos nos hace pensar en ponernos algo sobre la calva, mientras que los jóvenes se ponen cualquier cosa para sentirse especiales. El pago de “mandas” a la Virgen de Guadalupe y las procesiones de los barrios con músicas, danzantes, banderas y cohetones, la fe del pueblo necesitado y la indiferencia de a los que les sobra todo; los novenarios de Comala y Armería, la tristeza del par de ancianos porque sus hijos, que tienen su nido aparte, tendrán que pasar solitos la Navidad: otros, sentidos y nostálgicos porque su hijo pasará la gran festividad cristiana con la familia de la esposa; otros hijos salen de vacaciones y dejan a sus padres con el deseo de pasar juntos el 24.

La alegría de muchos que se reúnen en bailes y cenas, la tristeza de los enfermos y de los allegados, y el dolor de la familia por la partida de algún familiar; la alegría de los niños escribiendo sus cartitas al niño Dios, la aflicción de todos que con sus naricitas achatadas en el cristal del aparador contemplan los juguetes que ellos piensan no les traerá el mismo niño; el gusto de los que en grupo familiar van de vacaciones, el compromiso de ir a una cena o reunión cuando el pensamiento y el deseo está por otro lado; el recogimiento de las ancianas postradas ante el altar, la angustia de los pobres de no poder regalar, la caridad de unos cuantos que van a los barrios acartonados a llevar algo a unos desconocidos. El compromiso del regalo, la redacción de las tarjetas navideñas y de Año Nuevo, el telegrama al amigo, el deseo de ser mejor, el olor a heno y a pino y la fe de muchos en el que va a nacer.

La tristeza de los políticos porque pasará ya otro año del disfrute y esperanza de los ilusos de que nuestros próximos pastores sean más comprensivos. Los abrazos y las palabras clásicas con los mejores deseos para el abrazado;



la llegada y disfrute de los aguinaldos; el deseo de empezar el año sin deudas, la esperanza en la lotería, en los pronósticos deportivos, la duda de regalar tal o cual cosas; la esperanza de que el próximo año sea mejor y la seguridad de que ya estamos los viejos más quejumbrosos y nostálgicos que la Navidad pasada. El sueño de las baratas a base de gritos y música estridente, los hermosos recuerdos de los bonitos nacimientos que se formaban por todos los rumbos de la ciudad.

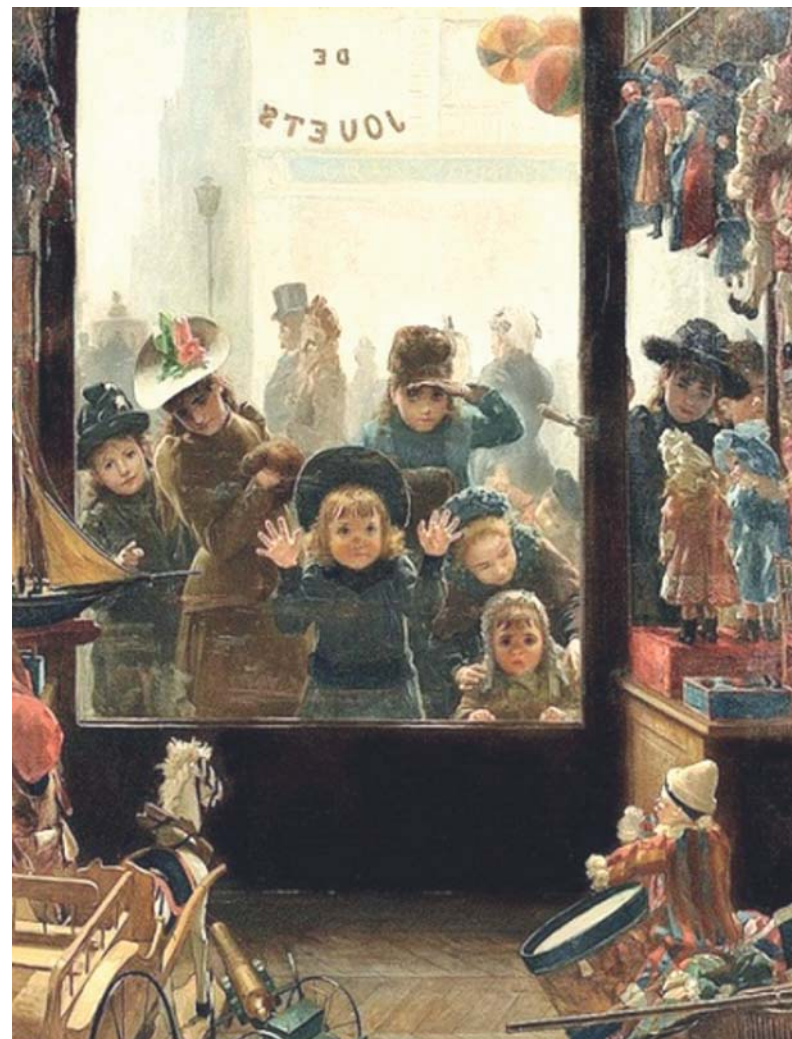
El gusto de la chiquillada por las piñatas, el olor y la sabrosura de los buñuelos, los grupitos de niñas y niños que cantan villancicos casa por casa, reuniendo monedas para hacer su humilde pero simpática posada.

La hermosura de los montes y cañadas hacia el norte que se cubren de flores blancas y amarillas y el zumbir de las abejas a su alrededor, trabajando para vivir y dejarnos su néctar delicioso.

Todo esto ha pasado y seguirá pasando cada diciembre y con él nuestras esperanzas e ilusiones de que mejorarán las circunstancias, para que los que nos siguen vivan más tranquilos, menos angustiados y con más fe en sus hermanos. Que la brecha entre los triunfadores y los pobres sea menos ancha y profunda a fin de que nuestros descendientes lleguen a sentir más la cercanía de las bondades que sobrellevan la caridad, el amor y la comprensión, ya que Él nació para darnos su ejemplo y enseñanzas.

Haz de cada día un día para celebrar la vida y ser agradecido. Ve cada día con entusiasmo como si fuera el primero, abriendo el corazón a esperanzas positivas, a sentir la presencia de Dios y vivir cada día en plenitud como si fuera el último. Tómate tiempo, salte del ruido, escucha el silencio y mira a tu alrededor. Agradece y ama aquellos que te dieron la vida, a aquellos que han acrecentado tu calidad de vida y enseñado valores. Recuerda que ellos son como un regalo para ti y recuerda también que tú eres un regalo para ellos. Sé agradecido con las decisiones que has tomado, sean buenas o malas. Acepta tus errores, pues no puedes cambiarlos de ninguna forma. Aplica lo que de ellos has aprendido y sigue adelante. Apréciate a ti mismo y a su originalidad. Amén.

* Empresario, historiador y narrador. †



Escapate de juguetería, pintura de Timoleon Marie Lobrichon (1831-1914).

La alegría de los niños escribiendo sus cartitas al niño Dios, la aflicción de todos que con sus naricitas achatadas en el cristal del aparador contemplan los juguetes que ellos piensan no les traerá el mismo niño; el gusto de los que en grupo familiar van de vacaciones, el compromiso de ir a una cena o reunión cuando el pensamiento y el deseo está por otro lado.